



Teatro Vreve de Bogotá
Los adioses de José
2011/ Foto: Daniel Peñaloza

Vacío y Espera en la Masculinidad

Antonio Pignatiello
Departamento de Psicología Clínica Dinámica
Escuela de Psicología. Universidad Central de Venezuela
Caracas, Venezuela
antonio.pignatiello@gmail.com

La masculinidad se construye en el borde de un vacío. En el revés de la masculinidad ubicamos por una parte, el reverso donde podemos identificar los modos en que se usa lo masculino para recubrir y rechazar ese vacío, por la otra, el reconocimiento de las formas en que eso fracasa.

Tras las imposturas y las ficciones naturalizadas

Una ficción de normalidad, señalada por Bonino (2000), asocia la masculinidad con hegemonía, privilegio, dominio y superioridad. Se suele asumir lo masculino como la posesión de atributos, cualidades y derechos de los que carecen los seres femeninos en el contexto de relaciones de desigualdad. De este modo se hace difícil asociar lo masculino con algo que no está bien, con el malestar, la carencia, la inconformidad o la queja.

Se asume lo masculino como una esencia innata, una naturaleza que viene dada, pero eso nos oculta que, en realidad, la masculinidad es resultado de la inserción del individuo en la cultura. La supuesta naturaleza masculina no existe, un hombre se hace a través de vivencias, relaciones y procesos subjetivos que pueden involucrar sufrimiento, represión, trauma, discapacidad, exclusión o muerte. Diversos autores (Bonino, 2000; Burin y Meler, 2000; Barrios, 1997; Connel, 1997; Kaufmann, 1997) coinciden en que existe siempre una distancia entre los ideales sociales de masculinidad y la realidad de los individuos. Aunque esa brecha suele ser encubierta, se manifiestan las tensiones, desencuentros, conflictos y patologías que de ella se derivan.

Hacerse hombre es acceder a costosos privilegios y falsas ganancias tras las que se esconde un padecer de la masculinidad. Un mandato de aguante y silencio fuerza a muchos hombres a convivir por años con algo que produce daño a sí mismos y a otras personas, a tomarlo como normal, a resignarse, a sentirse orgullosos de sobrellevarlo, otras veces ni siquiera perciben el problema o sus consecuencias. A la vez, muchas personas asumen que expresar malestar y pedir ayuda son conductas reñidas con la identidad masculina.

Las enfermedades cardiovasculares, las adicciones al trabajo, el alcohol u otras drogas son algunos padecimientos reconocidos en los hombres. Pero tras la impostura de dominio, autosuficiencia e invulnerabilidad encontramos dolencias encubiertas en la sexualidad, la pareja, el amor, la educación, el trabajo, la paternidad, la adolescencia o el envejecimiento. Realidades sociales, familiares e institucionales, así como las que abordamos en el trabajo clínico pueden mostrarnos los síntomas de malestares vinculados a la construcción social y subjetiva de la masculinidad.

La violencia se ha vuelto cotidiana y se ha convertido en motivo de sufrimiento en todos los ámbitos de nuestra sociedad. La comprensión de tal realidad y la propuesta de salidas requieren que tengamos en cuenta sus vinculaciones a la construcción de la masculinidad. Como agresores y también como víctimas, los varones son protagonistas de graves problemas sociales y de salud pública regidos por la violencia. En base a la revisión hecha por Huggins (2005), tenemos al respecto la que ejercen contra mujeres, niños y niñas, la que se presenta en el ámbito laboral o escolar, la violencia delincencial y carcelaria, y aquella que se ejerce contra hombres que difieren de los estereotipos viriles. Debemos también considerar en esta enumeración la exposición de los hombres a situaciones de riesgo y los suicidios como conductas violentas autodestructivas.

La violencia y el ejercicio del poder se han hecho parte de la construcción de la masculinidad dentro de un modelo cultural hegemónico. Muchas de las acciones en respuesta a la violencia soslayan este asunto e incluso legitiman ideales y prácticas que la promueven como un modo de vida en el que se realiza la masculinidad. El sistema penitenciario de nuestro país es un ejemplo patente de lo que afirmamos.

Hace falta problematizar lo masculino para ir más allá de los estereotipos. Esta indagación tiene interés no sólo para el trabajo terapéutico, sino también para el educativo, político, judicial, artístico o comunicacional. Desde el psicoanálisis promovemos una aproximación a la construcción subjetiva de la masculinidad, sus implicaciones encubiertas, los síntomas que de ellas derivan y la terapéutica que les corresponde. Para cuestionar o promover cambios en los modos en que se vive la masculinidad hay que superar tabúes, sortear barreras, poner en entredicho certidumbres que dan seguridad, cuestionar ideales, revisar valores, abandonar costumbres.

En el inconsciente el sujeto formula respuestas acerca de qué es masculino, las cuales son vividas en la vida cotidiana y regulan prácticas sociales. Son formulaciones de sentido que encubren una carencia de ser, son defensas frente a la falta, la ambigüedad, la incertidumbre. Aportan referentes a los que se aferra el sujeto, se hace preso de ellos, se impone pruebas, somete a otros y no vive más que para sostener un sentido al que ha fijado su existencia. El psicoanálisis nos permite no sólo descifrar lo encubierto en esa vivencia de lo masculino, sino también reconocer los procesos subjetivos que intervienen en su producción y movilizar aquellos que hacen posibles los cambios. Si procuramos hacer relevante lo que falla, deja insatisfacción y produce malestar, no es para oponerle modelos ideales sino para abrir la posibilidad de nuevas opciones, para vislumbrar caminos en los que la masculinidad deje de ser una armadura que el sujeto se impone.



Teatro Vreve de Bogotá
Los adioses de José
2011/ Foto: Daniel Peñaloza

Palabra, diálogo y escritura abren vías a nuevas realidades

Nuestra aproximación a la construcción de la masculinidad no se basa en respuestas ya dadas en una teoría, sino en una praxis que abre perspectivas y teje redes entre experiencias, saberes y prácticas. En este espacio queremos presentar ideas acerca de la palabra, el diálogo y la escritura como medios en los que se sustenta dicha praxis.

Sabemos que el psicoanálisis opera por medio de la palabra, pero acá queremos destacar el lugar que ella tiene en un trabajo sobre la construcción subjetiva de la masculinidad. Hablar con un interlocutor que escucha la enunciación detrás de los enunciados mueve la subjetividad a reelaborar significados, establecer conexiones, retomar lo rechazado y reapropiarse de lo reprimido. Cuando se trata del padecer de la masculinidad se agrega la posibilidad de romper el mandato de silencio, quitar velos, nombrar el malestar, quejarse y hacerse preguntas. Hablar de lo acallado puede ayudar a ver más allá de lo obvio, atravesar las imposturas que le dan consistencia a la masculinidad, abrir camino hacia nuevos significados.

Así como requiere escuchar, la palabra requiere lugares seguros donde se puedan tratar las carencias, reconocer el sinsentido, quitarse las caretas. Lugares abiertos a la posibilidad de concebir otras opciones de vida, espacios que le den continencia al diálogo.

Entendemos el diálogo como una travesía que se hace con otro por medio de la palabra, es llegar con el otro a lugares distintos a los que teníamos inicialmente. Es acción en la que damos otro uso a la palabra, distinto al que tiene en los intercambios comerciales, jurídicos o técnicos en los que se privilegia la univocidad y a la fijeza de sentido, distinto también al del habla cotidiana que tiende a validar los significados convencionales.

En el diálogo se trata de la palabra abierta al encuentro con la significación, ningún interlocutor tiene de antemano el saber, todos apuestan al ejercicio de la palabra como vía para el encuentro de nuevos significados, para la producción de nuevas realidades. Abre el campo a lo que no se sabe de antemano, al vacío que causa, que mueve a elaborar lo que no existe. La palabra se hace medio para introducir movimiento en lo fijado y naturalizado, resulta así creadora de realidades, creadora de subjetividades.



Teatro Vrebe de Bogotá
Los adioses de José
2011/ Foto: Daniel Peñaloza

Palabra hablada y diálogo son instante de encuentro, lugar para el intercambio del que surgen nuevas realidades subjetivas. La palabra escrita tiene otro tiempo y lugar, en ella se ubica otra vertiente de nuestra praxis, la que procura el encuentro entre texto y subjetividad en un blog denominado “Revés de la masculinidad” ubicado en <http://revesdelamasculinidad.wordpress.com>. En la elaboración de contenidos para este sitio en internet vamos más allá de formular enunciados para comunicar contenidos teóricos, procuramos una escritura que se adecúe a la textura de la subjetividad a la que se refiere. Así la escritura se sale de la mera comunicación de conocimientos, se convierte en un tejido hecho de imágenes, significantes, relatos, citas y preguntas que son los hilos de una indagación en curso.

Junto con lo explícito, en el texto se tejen lo implícito, lo aludido, lo sugerido, lo evocado. El texto invita a moverse entre el plano de la argumentación analítica y el plano de la intuición, convoca la reflexión, abre preguntas. Hace de la lectura un movimiento en la subjetividad, despierta emociones, asociaciones, invita a ver de nuevo lo obvio, a resignificar realidades.

Cuidamos la estética en el cómo decir, un hacer con las palabras para decir de lo que usualmente no se habla, para tratar asuntos sobre los que pesan tabúes, resistencias, temores y posturas rígidas. Presentamos textos que conecten al lector con sus vivencias, para ayudarlo a plantearse nuevas perspectivas, a moverse del lugar desde el que usualmente se ven las cosas, de los significados detenidos en las convenciones y estereotipos.

En contraste con cierta tradición críptica, concebimos una escritura psicoanalítica que tiende puentes con el otro, con lo real de la subjetividad que surge de la intersección entre individuo y cultura. Los textos tejen redes que conectan experiencias, conceptos, aspectos de la subjetividad, relaciones, saberes y modos de construir conocimiento. Son redes que permiten recoger cosas sumergidas bajo la superficie de los significados que legitiman y naturalizan los modos de vivir la masculinidad, redes para ir al fondo bajo esa superficie que no deja ver.

Esta praxis de la escritura nos permite concebir textos que involucran en su lectura a los procesos inconscientes, resuenan y contrapuntean con ellos. Se trata de escribir para un interlocutor que no es el yo, sino la subjetividad ubicada fuera de su círculo de certidumbres (Lacan, 1983). Esto implica también escribir para un campo más amplio de la subjetividad que aquel circunscrito por una teoría y una tribu identificada a ella. Así los textos se nutren de las conversaciones con amigos, las investigaciones en las que participamos, las lecturas presentes y pasadas, los relatos de pacientes, los aportes de estudiantes, la música escuchada, el disfrute del arte. Cultivamos una intertextualidad que trasciende los libros y se teje en la vida, las relaciones, la praxis.

Praxis y movimiento de la subjetividad

Problematizar y promover cambios en los modos de vivir la masculinidad nos plantea también la tarea de retomar y resignificar los fundamentos del psicoanálisis y los conceptos que lo sustentan. Cuando se develan aspectos del revés de la masculinidad nos encontramos también con conceptos y teorías que no podemos ya seguir viendo como antes.

También mantenemos abierta la pregunta acerca del psicoanálisis mismo. ¿Qué debemos entender por psicoanálisis hoy? Hay, por un lado, definiciones que buscan responder a esa pregunta con un dogma a seguir. Por otro lado, tenemos el psicoanálisis definido como praxis, experiencia, algo que acontece, que es producido. En el primer conjunto de definiciones se pone énfasis en delimitar un cerrado círculo dentro del cual el psicoanálisis existiría como ortodoxia en manos de una tribu que lo resguarda; en el segundo, encontramos siempre al psicoanálisis trascendiendo las fronteras institucionales construidas en nombre de un padre. En la primera aproximación los criterios establecidos delimitan produciendo segregación; la segunda en cambio, tiende a la inclusión, a la integración, a tender puentes.

Si nos comprometemos con esa segunda aproximación puede ocurrir que se diluyan ciertas fronteras, que aceptemos cierta incertidumbre acerca de lo que es o no psicoanálisis pero, al no quedar encerrado en fronteras formales, éste se enriquece al igual que aquellos saberes, praxis y sujetos que pueden vincularse a él en modos que no cesan de crearse. El psicoanálisis es extenso, diverso, con muchos vericuetos, su profundidad deriva de la diversidad de sus inagotables conexiones, interrelaciones, mestizajes, modalidades formales e improvisaciones que se dan en su práctica.

El psicoanálisis no es una disciplina para administrar un saber sobre el inconsciente, es una elaboración en la experiencia, un hacer que integra un conjunto de saberes dentro de una acción terapéutica en la que adviene un sujeto que crea realidades, que modifica condiciones.

Muchas producciones científicas, educativas, jurídicas se ocupan de problemas de la subjetividad nombrándolos y definiendo variables, se detienen en explicaciones elegantes que alimentan el fatalismo y la repetición de lo naturalizado y legitimado. Muchos conocimientos se convierten en barreras para la acción humana transformadora. Se tratan problemas humanos mediante tecnologías que definen procedimientos para usar ciertos recursos dentro de una realidad definida como conjunto de variables objetivas. En cambio el psicoanálisis desbroza el campo de la acción humana que crea opciones, nuevas realidades, nuevos modos de estar en el mundo. Lo hace a partir de la emergencia de un sujeto entendido como agente y no como objeto de intervenciones.

Nuestra praxis tiene una dimensión ética y política, porque se trata de orientar la acción humana en un sentido que implica una toma de posición, que no es neutral sino comprometida, una opción acerca del papel del psicoanalista en el colectivo, en la producción de cultura. Pero no es un programa o una guía, su fin apunta a la emergencia del sujeto que produce realidades con su acción.

Trabajamos con el inconsciente porque es vía para volver a vincularnos con el movimiento en la subjetividad, en el cual las defensas han producido bloqueos y fijaciones. En psicoanálisis se suele reconocer el papel de la compulsión a la repetición y de la determinación oscura en el inconsciente, pero se deja de tener en cuenta la falta, el vacío que en él mueve al cambio. El inconsciente supone el retorno de algo no realizado en el sujeto, es también indeterminación que abre la posibilidad de una subjetividad inédita, que corta y pone límite a la repetición. El inconsciente no es sólo cualidad de algunos procesos y estructuras subjetivas, hay que considerarlo como sistema, lugar en el que se construye subjetividad, lugar donde se vive esa construcción.

Así como los procesos psíquicos son en primer lugar y mayormente inconscientes (Freud, 1917/1981), asumimos también que el movimiento hacia un cambio en la subjetividad es siempre y en primer lugar un proceso inconsciente, que deviene consciente eventualmente.

Esto significa que el individuo no está consciente de todo lo que mueve al cambio, éste no se produce por obra de una voluntad consciente, es producto de un proceso que la trasciende.

La indagación sobre el revés de la masculinidad nos ayuda a reconocer procesos subjetivos involucrados en la construcción de lo masculino, esto nos permite también develar realidades encubiertas detrás de las imposturas viriles. Pero, además de problematizar lo aparente y naturalizado, cabe preguntarnos ¿cuál es la otra opción? ¿Hay alguna manera alternativa de vivir la masculinidad? ¿Puede ser concebida sin ataduras al ejercicio del poder, el privilegio y la violencia?

En el mercado de las ideologías encontramos afirmaciones acerca de un hombre contemporáneo definido en términos de patrones de consumo. Proponemos cuestionar la idea de la masculinidad como referente unitario, no vemos el cambio como la sustitución de un paradigma o patrón hegemónico por otro. De lo que se trata es de superar la unidimensionalidad, el pensamiento único, la identidad disciplinada y uniformada. Lo nuevo en la masculinidad pudiera ser que no haya una sola forma de ser hombre, sino todas las posibles. Que tenga legitimidad la diferencia, que todas esas posibilidades las vivan muchos individuos, pero que también puedan ser opciones para un mismo individuo en los diferentes lugares y momentos de su vida.

El cambio puede partir de cualquier hombre en tanto reconozca cómo su manera de asumir la masculinidad implica aspectos que han sido rechazados, interrumpidos o no realizados en su subjetividad.

Podemos concebir otras masculinidades posibles, pero no sabemos de ellas de antemano, no son una tierra prometida ni una salvación a alcanzar, son un vacío que mueve hacia otras realidades, forman parte de lo que está a la espera por venir a la existencia.

Referencias bibliográficas

1. Barrios, L. (1997) Costos y beneficios psicosociales de la masculinidad, *Revista AVEPSO: Asociación Venezolana de Psicología Social*. Número especial.
2. Bonino, L. (2000) Varones, género y salud mental: deconstruyendo la "normalidad" masculina. En Segarra, M. y Carabí, A. (eds) *Nuevas masculinidades* (Pp. 41-64). Barcelona. Icaria.
3. Burin, M. y Meler, I. (2000) *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós.
4. Connel, R. W. (1997) La organización social de la masculinidad. En Valdés, T. y Olavarría J. (Eds.) *Masculinidades. Poder y crisis* (Pp. 31-48). Santiago, Chile. Isis Internacional.
5. Freud, S. (1917/1981) Lecciones introductorias al psicoanálisis. En *Obras Completas*. Madrid. Biblioteca Nueva. Pp. 2123-2412.
6. Huggins, M. (2005) Género, políticas públicas y promoción de la calidad de vida. Caracas. ILDIS.
7. Kaufman, M. (1997) Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En Valdés, T. y Olavarría J. (Eds.) *Masculinidades. Poder y crisis* (Pp. 63-81). Santiago, Chile. Isis Internacional.
8. Lacan, J. (1983) *El Seminario Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires. Editorial Paidós.